

Claridad de ideas: anticipo a la solución de problemas

JOSÉ ANTONIO MARTÍN-PEREDA

Las ideas más efectivas son aquellas que pueden ser expresadas con una simple frase entendida por todos. Y son tanto más efectivas cuando, al oírlas, todo el mundo las reconoce como triviales y lógicas. Existe una especie de máxima, que todo ingeniero o tecnólogo debería cumplir, y es la de iniciar únicamente un trabajo después de haber sido capaz de escribir en la parte de atrás de un sobre o en el reverso de una tarjeta de visita sus detalles esenciales, es posible que hasta incluyendo las fórmulas básicas. Sólo de ideas claras surgen resultados significativos.

Una de las características de toda época de crisis, como la que tenemos alrededor, es que los teóricos expertos en cualquier tema sólo hablan con frases que nadie entiende. Ocultan el vacío que llevan dentro en una maraña de conceptos rebuscados y de palabras huecas. Así, la mayor parte de los artículos que se publican, tanto en un campo como en otro, son una colección de siglas o de fórmulas que nada añaden a lo que existía antes. Son dar vueltas a una manivela que exprime, hasta la última gota, la poca esencia que algún día pudo tener el tema.

Nunca, en ningún curso o carrera, se destina el menor tiempo a infundir a los alumnos la devoción debida a la claridad de conceptos. No se presta la más mínima atención a que, tanto en la palabra como en los escritos, la claridad es el objetivo fundamental de lo que se hace. Parece como si el fin último de las ideas fuera conseguir que nadie las entienda. Por eso, cuando se oye algo que se comprende a la primera, la sensación que se tiene inicialmente es que aquello ha sido escuchado antes.

Expresar un concepto que parezca obvio, aunque sea totalmente nuevo, implica que todo el mundo piense que quien lo dice no puede ser su autor. Si es evidente, aunque no hubiera pasado por la imaginación de nadie, es casi obligado intuir que

alguien ya lo habrá dicho en el pasado. Por eso, quizá, nadie desea que lo que dice se entienda. Ni tampoco que parezca inmediato. Por el contrario, las épocas de grandes cambios, las que dejan su huella en el futuro, son las que se han movido merced al uso de dos o tres conceptos elementales que todos entienden y a todos llega.

En otro terreno, las innovaciones más significativas son las que llevan detrás la satisfacción de una necesidad que todo el mundo sentía, pero que, antes, nadie había sabido expresar con claridad. Y esas innovaciones, triviales, obvias, casi surgidas de la nada, son soportadas en muchos casos por tecnologías que distan mucho de las ampulosamente llamadas “nuevas tecnologías”.

A. Camus inicia *El mito de Sísifo* con una frase digna de poder ser extendida, en su concepto, a muchos otros campos del pensamiento. Dice algo así como: “no existe más que un problema filosófico verdaderamente serio: el del suicidio. Juzgar si la vida merece o no la pena de ser vivida es la pregunta de la filosofía. Si el mundo tiene dos o tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, es algo que viene después”. No es el motivo esencial de estas líneas el pensamiento de Camus. Pero sí lo es el de la esencia de su razonamiento: la búsqueda de la idea fundamental en cada terreno, en cada momento y en cada tiempo. En estos días parece como si lo que se pretendiese fuera buscar lo accesorio para olvidarse de lo esencial.

La tecnología se encuentra hoy en un situación análoga de búsqueda de objetivos fundamentales. Nuestra sociedad, por ejemplo, lleva casi todo lo que llevamos de siglo intentando buscar motivos para que se fomenta la compra de cosas. Hace algunos meses escribí en estas mismas páginas que nuestra tecnología era hoy la tecnología del cachivache, la de ofre-

cer en los escaparates aparatos que tuvieran muchos botones y muchas luces de colorines, y que fueran capaces de atraer la atención de comprador. Daba igual que luego, en su casa, ni usara los botones ni atendiera a las luces. Parece que todo eso ya comienza su declive. Pero falta con qué llenar el hueco que ha dejado.

Y no me queda la menor duda de que la solución vendrá a través de la idea más trivial que nadie haya podido imaginar. Será una idea tan obvia que, pasado un tiempo, todos se preguntarán cómo no había surgido antes. Porque a través de las complicadas disquisiciones que hoy vemos proliferar a nuestro alrededor jamás se va a llegar a la solución.

La ciencia, la tecnología, la sociedad, en fin, necesitan de ideas sencillas que iluminen el camino de los próximos años. Aunque, al mismo tiempo, tampoco debemos creer que las ideas sencillas son algo equivalente y análogo a las ideas estúpidas. Estas últimas abundan y no son solución de nada. Aunque para el que las ha emitido puedan parecer equivalentes a las correctas.

Parece llegado así el momento de empezar a hacer limpieza. Igual que en las casas, cuando llega un cierto momento, se abren las ventanas de par en par, se vacían los armarios y se procede a la revisión del estado de muebles y utensilios, sería conveniente parar por un tiempo, no muy largo, y vaciar de ampulósidades y conceptos inermes las ideas con las que nos hemos estado moviendo en los últimos años. La mayor parte han demostrado su inutilidad y por ello no deben servir de rémora para el futuro. Busquemos la claridad de ideas y las ideas simples. El resto es ruido.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.